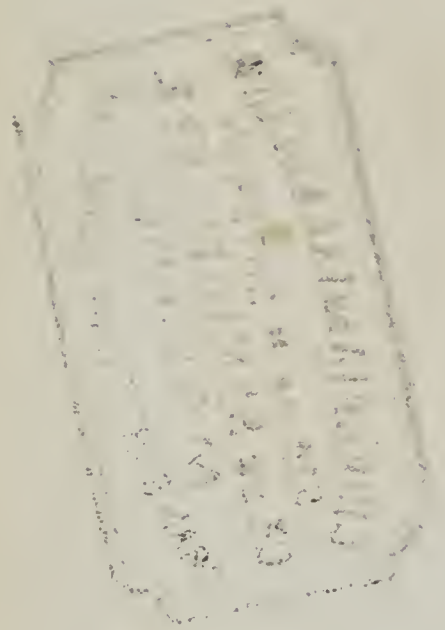
ULISES.

LIBRERIA
DE
RUFINO ESTÉBAN,
calle del Caballero de Gracia, 8.
Hay un abundante surtido de comedias modernas, usadas, á la mitad de su precio.



564:16

PERSONAGES.

ULISES.
TELÉMACO.
EUMEO.
ANTINÓO . . . . .
EURÍMACO. . . . .
AMPHINOMIO.. . . } Pretendientes.
CTESIPPO. . . . .
AMPHIMEDONTE. .
THEOCLIMENES, augur.
CORIFEO DE PASTORES.
MELANCIO, criado de los pretendientes.
Otro criado de los pretendientes.
Criado de Eumeo.
PHEMIO, cantor.

PENÉLOPE.
MINERVA.
EURÍCLEA.
EURINOMIA.
MELANTHO.
UNA NÁYADE.

COROS

de Náyades.—De Pastores.—De Criados de los pretendientes.—De Esclavas fieles.—De Esclavas infieles.

ULISES.

PRÓLOGO.

El puerto de Phorcina, en la isla de Itaca: Playa.—Rocas.—Gruta de donde mana una fuente: al lado un olivo: al pié del olivo, ánforas, cubetas, trípodes, víveres y trages.—Comienza á amanecer.

ESCENA I.

ULISES *dormido sobre la arena de la playa.*

Despiértase y mira al rededor con asombro.

¡Dioses! ¿Estoy despierto? ¿Estoy soñando?
¿Cómo me encuentro solo en esta playa?
Ayer en una nave combatida
del mar rugiente por las olas bravas
entre los marineros confiado
me dormi, y hoy despierto en tierra estraña
y en el piélago azul nave ninguna
veo al incierto resplandor del alba.
Conducirme á mi pátria prometieron
los Fócios, y han faltado á su palabra;

sin duda de su huésped aburridos
me dejaron dormido en estas playas
¡tú que castigas el perjurio infame
dame de ellos ¡oh Júpiter! venganza!

Dá algunos pasos.

¿En qué pais me encuentro? En éstas costas
habrá gente cruel injusta y bárbara
ó el temor á los Dioses inmortales
me dará una acojida hospitalaria?

Dá otros pasos más al interior.

¿Dónde estoy? ¿Qué recuerdo se despierta
en mí? Si la memoria no me engaña
yo he visto esta ribera.—Sí, estos árboles,
este puerto, esas rocas escarpadas
van remotas idéas acercando
á mi mente confusa y trastornada.
Ese olivo, esa gruta y esa fuente
los he visto otra vez ¡qué ilusion vaga
se apodera de mí! ¡Júpiter sacro!

Con asombro.

al pié del árbol veo amontonadas
mis riquezas—los Fócios las dejaron
aquí—no hay duda, no—voy á contarlas.

ESCENA II.

—

ULISES, MINERVA.

MINERVA *sale bajo la figura de un jóven pastor, lleva rica tùnica, manto de piel de tigre, calzado de borceguies y en la mano un dardo.*

MINERVA.

A Ulises.

Amigo! Yo os saludo; habeis hallado
un ternero perdido en la montaña?

ULISES.

No le he visto, pastor; si acaso debo
con tal nombre llamaros, que mal cuadra
con el silvestre trage que os encubre
esa noble presencia soberana.
Vos no sois un mortal, el fuego santo
de un ser divino en vuestros ojos rádia.
No os acerqueis con intencion siniestra,
socorredme, amparadme en mi desgracia
y decidme por fin ¿dónde me encuentro?
¿Qué pueblo es el que habita estas comarcas?

MINERVA.

De lejana region venis sin duda
si en verdad ignorais como se llama
este pais: alcanza alto renombre
por su fertilidad y su abundancia.
Agua pura y risueña dan los rios
que sus llanuras deliciosas bañan
encierran rubia espiga sus campiñas
y rebaños sin cuento sus montañas.
Itaca es.

ULISES.

¡Es Itaca!

MINERVA.

Su nombre
al troyano confin llevó la fama.

ULISES.

Estendiendo los brazos hacia las rocas.

¡Será verdad! ¡Oh Dioses inmortales!
¡Caro pais! ¡Ribera deseada!

Conteniéndose.—A Minerva.

Pastor! Mi regocijo no os asombre;
hoy por primera vez fijo mi planta

en estas tierras, mercader de oficio
soy, habito en regiones apartadas.
Habiendo consultado á la Sibila
me prometió riquezas en mi pátria
si en mis viages un dia por acaso
á las costas de Itaca arribaba,
¿Comprendeis mi alegria!

MINERVA.

Sonriéndose.

Astuto Ulises,
prudente hijo de Laertes, nada
hay igual en el mundo á tu malicia
y el Dios mas diestro con tu voz se engaña.
Pero somos iguales en astucia,
yó en la divina especie, tú en la humana.

ULISES.

¿Quién sois?

MINERVA.

Minerva soy, la que constante
siempre á tu lado está, la que te ampara,
la que de tantos riesgos te defiende,
la madre tierna que tu vida guarda.

ULISES.

¡Diosa! ¡Qué vale del mortal humilde
la ciega vanidad, si se compara
de vuestra ciencia con la régia antorcha
que los celestes ámbitos inflama!
¿Es cierto ¡oh Diosa! que el paterno campo
por fin llegué á pisar? Dicha tamaña
á comprender no alcanzo, y dudo y temo
ver volar como el humo mi esperanza!
¡Es Itaca!

MINERVA.

¡Mortal desconfiado
Itaca es!

ULISES.

¡Oh sol radiante! ¡Oh pátria!
Apenas Diosa mi ventura creo.

MINERVA.

El puerto de Phorcina es esa rada.

ULISES

¡Puerto feliz!

MINERVA.

En la vecina roca,
vés ese árbol tender sus verdes ramas?
és el olivo sacro, los pastores
bajo él hallan solaz, cuando en las altas
horas del dia, os ilumina Febo.

ULISES.

¡Yo tambien á su sombra descansaba!

MINERVA.

Ese el monte Nerito; aquella gruta
es la mansion pacífica y sagrada
de las Diosas del mar, allí las ninfas
tienen de roja púrpura, las blancas
vestiduras que tejen bulliciosas
del mar sereno en las flotantes algas.

ULISES.

¡Antros sagrados! ¡Apacibles bosques!
¡Rocas queridas! ¡Asperas montañas!
¡Os encuentro por fin! ¡Oh! ¡Cuántas veces
cuando el Sol al ocaso caminaba

y su luz moribunda sumergía
del ancho mar en las sonoras aguas
sentado ante mi tienda he contemplado
con triste y melancólica mirada
al astro Rey que al declinar vertía
su postrimer fulgor sobre mi pátria!
¡Si entonces ¡ay! en la extrangera costa
alguna blanca vela divisaba
¡nave feliz! decia, el blando viento
quizá te lleva á mis queridas playas!
¡Salud Itaca! ¡Ulises te saluda!

Dirigiéndose á la gruta.

Y vosotras ¡oh ninfas solitarias!
como en tiempos pasados vuestro asilo
es de Ulises mansion reverenciada:
solo una invocacion hoy os ofrezco:
mas si al favor de la guerrera Palas
recobro mi poder y victorioso
vuelvo á fijar en mi nacion la planta
de mis terneras la rojiza sangre
teñirá vuestros campos de esmeralda.

ESCENA III.

Los mismos, NÁYADES *saliendo de la gruta.*

CORO 1.° DE NÁYADES.

A Minerva.

Alma Diosa soberana
la de protectora egida.
¡Alma Diosa! Bien venida,
bien venida á mi mansion.

CORO 2.° DE NÁYADES.

A Ulises.

Salud magnánimo Ulises
por Minerva protegido.
¡Salud héroe! Bien venido,
bien venido á tu nacion.

CORO 1.°

A Minerva.

Para adornar mi blanda cabellera
juncos entrelazaba
y el nardo y el jazmin entretegía.

CORO 2.°

Las algas yo de la natal ribera
en las ruecas hilaba
y raudo el huso sin cesar corria.

CORO 1.°

Pero á tu voz cayendo mi corona
el nardo y el jazmin se desojaron.

CORO 2.°

Y mi mano los hilos abandona
y en la rueca los husos se enredaron.

CORO 1.°

A Ulises.

Salud magnánimo Ulises
el cielo te es ya propicio,
el cruento sacrificio
ven á ofrecer á mi altar.
Que si aun te reserva el hado
nuevos daños, rudas pruebas,
la egida que al lado llevas
la victoria te ha de dar.

Retíranse las Náyades al fondo.

ULISES.

¡Diosa!

MINERVA.

¿Qué quieres?

ULISES.

Tu respuesta aguardo
y temo preguntar.

MINERVA.

¿Qué te acobarda?

ULISES.

El labio apenas á mover acierto,
me combate el temor y la esperanza.

MINERVA.

He comprendido tu deseo Ulises
y tu inmensa inquietud leo en tu alma.
¿Quieres saber de tu hijo y de tu esposa?

ULISES.

Si Minerva.

MINERVA.

Traspon esa montaña,
corre al lugar donde tu fiel Eumeo
en su pobre mansion tus reses guarda
y el te dirá lo que saber deseas.

ULISES.

¡Diosa! ¿Y porqué vos nó? ¡Ay! La tardanza
me impacienta.

MINERVA.

Lo creo, mas la astucia
para lograr tu intento, por hoy basta,
y está demas la proteccion divina
en donde sobra la prudencia humana.
Pero escúchame bien, tu nombre oculta
á tu esposa y tus siervos, que en tu casa
solo tu hijo Telémaco lo sepa,
mira que todavia te depara
el hado nuevos riesgos, y que debes
tu astucia redoblar, y tu constancia.
Aun así sin mi amparo moririas.

ULISES.

¡Nuevos peligros!

MINERVA.

Teme una asechanza
en tu propia mansion.

ULISES.

¿Qué estás diciendo?
¡Me vaticinas hórridas desgracias!
¡Diosa! ¿Qué he de esperar? ¡Un vergonzoso
adulterio tal vez mi nombre mancha!
¿Es Penélope infiel? ¿El hado impío
de Agamenon la suerte me prepara?

MINERVA.

Con astucia y prudencia vencerémos:
Moran tus enemigos con audacia
en tu palacio y tus tesoros roban;
penetra en medio de ellos, date trazas
de que no te conozcan, y tolera
en paz su injuria, su altivez con calma.
Pueden venir aquí, ver tus tesoros,

A las Náyades.

guardadlos en la gruta subterránea.

Minerva y Ulises con ayuda de las Náyades, llevan el oro y los trages al fondo de la gruta.

Ahora para engañar á tus contrarios
el fuego apáguese de tu mirada,
tus facciones arrúguense, los blondos
rizos que ornan tu sien, de tu sien caigan;
truéquense en traje humilde de mendigo,
tu rico manto y tus vistosas galas;
cambia el acero noble, en palo rudo,
cuelga mísera alforja á tus espaldas
y de todos así desconocido
para vengar tus infortunios, marcha

Levanta el dardo sobre Ulises que está oculto al espectador por el coro de Ná-

yades.—Vésele aparecer en trage de anciano mendigo y se aleja guiado por Minerva.

ESCENA IV.

CORO DE NÁYADES.

CORO 1.°

El Sol alzando su disco ardiente
montes y valles iluminó,
mústias las flores, doblan la frente,
su vivo rayo las marchitó.
Allá en el seno de las montañas
hay verdes selvas, bosques umbrios;
corren ocultos entre espadañas,
templados rios,
donde no llega la luz del Sol.

CORO 2.°

Allí en los lindes de la pradera
cabe la falda del peñascal,
vierte sus flores la primavera,
brota sus aguas el manantial.
Por los aloës y terebintos
el viento exhala tímida queja,
y en los jazmines y en los jacintos,
liba la abeja
el nectar dulce de su panal.

CORO GENERAL.

En viva luz se inunda
el mar, la playa, el monte,
ya rige Faetonte
su carro celestial.
Buscad en las umbrias
las brisas perfumadas,
las ondas sosegadas
del claro manantial.

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

La cabaña de Eumeo.—Puertas al fondo. A cada lado una mesa.—Al rededor de la mesa asientos formados de ramage seco cubierto de pieles.—En un rincon de la cabaña, una estátua pequeña de Júpiter Olímpico.—Está anocheciendo.

ESCENA I.

EUMEO, *un* CRIADO.

EL CRIADO.

Un anciano á estos sitios se encamina.

EUMEO.

¡Se detiene...! ¿Por qué? ¿Qué está mirando?

EL CRIADO.

No osa tal vez entrar.

EUMEO.

Es un mendigo.

EL CRIADO.

Atento observa al can.—Regocijado
el perro le recibe: las orejas
inclina, el rabo mueve; paso á paso
se acerca á él.—Cayó.

EUMEO.

Es ya tan viejo
que apenas puede andar.

EL CRIADO.

Es muy estraño
que Argos de conocerle dé señales.
¿No sabeis vos quien es?

EUMEO.

Quién hace caso
de un perro viejo, enfermo y moribundo!

ESCENA II.

Los mismos, ULISES *en trage de mendigo con un palo en la mano y una alforja al hombro.*

ULISES.

Entra en la cabaña, detiénese en el dintel y mira al perro.

¡Ha muerto! ¡De alegría...! ¡Pobre Argos!
¡Murió reconociéndome!—¡Minerva
bien mi traje y mi faz ha trasformado
para los hombres, mas mi pobre perro,
tiene instinto mejor que los humanos.
¡Pobre Argos! me acusa la conciencia
de haber quizás tu muerte ocasionado!

Enjuga una lágrima.

¡Pobre Argos!

Dirijiéndose á Eumeo.

Amigo segun veo
la caza es tu placer, he visto entrando
un perro viejo ya, pero de raza
noble, de buen aspecto y fino olfato.

EUMEO.

De noble raza, sí, nadie las huellas
siguió como él de jabalí ó venado,
nadie como él al darse la batida
de ensangrentadas reses llenó el campo.

ULISES.

¿Es tuyo?

EUMEO

No lo es; á luengas tierras
á la voz del honor partió su amo
hace ya mucho tiempo, y yo he querido
recoger á su perro abandonado.
Mas dime ¿cómo al declinar el dia
vagas por estos sitios solitarios?

ULISES.

La dura ley de la miseria, amigo,
me hace andar por los pueblos mendigando.

EUMEO.

Hijo no tienes laborioso y jóven
que alimento te busque, pobre anciano?

ULISES.

¡Uno tenía!

EUMEO.

¿Ha muerto por desgracia?

ULISES.

De él estoy hace tiempo separado.

EUMEO.

Ni amigos tienes que su hogar te ofrezcan?

ULISES.

¡Ay! Con el grave peso de los años,
con el fiero dolor de los pesares,
ni parientes ni amigos me han quedado.

EUMEO.

¿El enojo del cielo te persigue
por castigar tus crímenes?

ULISES.

El labio
sella: de sus decretos celestiales
los Dioses nos ocultan los arcanos,
así tal vez los inocentes sufren
mientras viven triunfantes los culpados

EUMEO.

¡Anciano! Tu desgracia me conmueve,
el pan de la limosna es muy amargo.

ULISES.

¡Oh, muy amargo! Nuestra frente abrasan
la nieve de aquilon, del sol el rayo;
la dura piedra, la punzante espina
hieren los pies en los desiertos campos;
el magnate orgulloso nos insulta
con su altivez, pero tambien hallamos
á veces franco asilo, y generosos
huéspedes y se olvidan los trabajos.

EUMEO.

Mi huesped eres, con placer recibo
al pobre, al extrangero, al extraviado
peregrino que Júpiter envia.

Acércase á Ulises.

Entra pues.—Mi cabaña no es palacio,
pero mesa hallarás, bebida y lecho.
—Tu alforja deja.—Siéntate y descanso
tendrás sobre esos haces.—Aquí tienes
viandas, allí pan: en este vaso
agua y vino.—Descansa.—Bebe y come
á tu solaz.—Cuando hayas descansado
quién eres me dirás, de dónde vienes
y tu historia tambien.

ULISES.

Sentado y comiendo.

Gracias.—El sacro
Júpiter, cumpla amigo tus deseos
por la hospitalidad que me has prestado.
Pero mi vista á distinguir alcanza
anchos pesebres, cómodos establos,
veo rebaños y pastores.—Dime.
¿Eres el dueño tú de ese ganado?

ESCENA III.

Los mismos, PASTORES.

UN PASTOR.

Salud Eumeo.—Desque el alba nace
hasta que el Sol declina, los rebaños
rumiaron por cañadas y laderas
la fresca grama de los verdes prados;
pero el lucero vespertino anuncia
que se acercan las horas del descanso
y ya las reses al redil caminan.

EUMEO.

¡Salud pastores! ¡Ah! ¿Nuestros cuidados
de qué sirven? En vano noche y dia
perdemos nuestras fuerzas trabajando,

otros disfrutan los trabajos nuestros
y no son, nó, los verdaderos amos.
—Adelantemos la hora de la cena
así acompañarémos á este anciano.

Siéntanse los Pastores á las mesas y comen.—Eumeo se diríje á Ulises.

¡Extrangero! Riqueza tal no es mia,
herencia es de un monarca tan preclaro,
que en poder y en grandeza no le igualan
los reyes de los pueblos comarcanos.

Con amargura.

¡Pero ha muerto! ¡La parca inexorable
cortó su vida en sus floridos años!
Pluguiera al Dios que en el Olimpo mora
haber ántes la vida arrebatado
á esa impúdica Elena, por quien muerden
el polvo tantos héroes esforzados.
Nuestro rey fué con ellos, y como ellos
halló la muerte en el sangriento campo.

CORO

recitado por el corifeo.

La roja sangre cubrió la tierra,
Marte homicida la derramó
desde que á un jóven pastor galano,
prendió tirano
bárbaro amor.

—

De cien esposas, de madres ciento
recibe Elena la maldicion,
cuando del Ida la onda espumante, — Xanto
dichoso amante
Páris surcó.

—

Tamaña afrenta venganza pide:
sus mil navios la Grecia armó,
rudas batallas, combates duros
hunden tus muros,
altiva Ilión.

—

Pero ¡ay! tus hijos mísera Grecia
mueren á impulsos de su valor
ó errantes huellan, lejano suelo
sin ver el cielo
que luz les dió.

—

¿Por qué en las ondas del mar Cretense
no permitiste, supremo Dios,
sepulcro halláran, muerte espantosa
la infiel esposa
y el vil raptor?

ULISES.

A Eumeo.

¿Quién era ese monarca tan valiente
cuya muerte deploras?—En mis largos
viajes, he conocido á mil guerreros;
en el sitio de Troya me he encontrado:
dime cual es su nombre; tal vez pueda
darte noticias yó.

EUMEO

Con amargura.

¡Ya ha muerto!

ULISES.

A cuantos
por muertos muchas veces se ha tenido
y han vuelto á aparecer.

EUMEO.

¡Delirio vano,
murió Ulises!

ULISES.

¿Quién sabe?

EUMEO.

En vano intentas
con fábulas y cuentos engañarnos.

Muchos viajeros como tú han venido
y han dicho lo que tú, pero sus lábios
como los tuyos mentirosos fueron
por ser bien recibidos, y agasajos
y recompensas alcanzar.—La Reina
crédula oia sus discursos falsos,
brotó en su corazon dulce esperanza
y halló por fin un triste desengaño.
Tú tambien engañarla te propones
para trocar tus míseros harapos
por otro nuevo trage; no mendigo,
no existe Ulises, los impíos hados
destinaron sus míseros despojos
de los buitres á ser sangriento pasto.

ULISES.

Aunque fábula y cuento te parezca,
tan solo la verdad dice mi labio.

Con energía.

¡Por Júpiter lo juro! Ulises vive,
su regreso á su pátria está cercano:

Movimiento entre los pastores que se acercan á Ulises.

Yo, con mis propios ojos, yo le he visto:
á la nacion de los Thesprotas, náufrago
llegué, y allí mis compasivos huéspedes
un generoso auxilio me prestaron.
Allí ví á Ulises y le hablé; aquel dia
fué á consultar de Dódona el oráculo.
y al partir yó tenia sus navíos
para darse á la vela aparejados.
Si el viento le es propicio, te aseguro
que ántes de un mes abrazas á tu amo.

EL CRIADO.

No desprecies Eumeo sus palabras.

Eumeo hace un gesto de duda.

ULISES.

¿Desconfias? Pues bien, propongo un trato:
si la verdad he dicho y vuelve Ulises,
una túnica nueva quiero en cambio
de la mia, que bien la necesito,
mendigo soy, medio desnudo ando.
Pero ántes has de verle.—Si no viene
desde la cima de los montes altos
precipítame ¡oh huesped! y no temas
que tornen mas mendigos con engaños.

EUMEO.

¡Anciano! ¡Accion loable me propones!
¡Matar al que á mi mesa se ha sentado!
Hablemos de otra cosa.

A algunos pastores.

Traed vino:
libaciones á Júpiter hagamos.

CORIFEO 1.°

A los pastores que van á buscar el vino.

Apresuraos jóvenes; las copas
llenas, calman del pobre los quebrantos.

A Ulises.

¡Por el mendigo de las buenas nuevas!
¡Por ver cumplidos sus anuncios faustos!

ULISES.

No hablemos mas de Ulises.--No le agrada
al huésped.--En tal punto no insistamos.

Momento de silencio.

--Mas dicen que al partir, dejó á su padre
cargado con el peso de los años;
¿ha muerto ó vive aun?

EUMEO.

¡Pluguiera al cielo,

que ya hubiese la Estigia atravesado!
Delirando y gimiendo noche y dia,
cubierto de ceniza, desgarrando
sus vestidos, pregunta por su hijo
y no encuentra consuelo á su quebranto.

Momento de silencio.

ULISES.

¿Y... Penélope?--

Con rapidez.

Así se llama, creo.

Lentamente.

¡Dicen que de virtud era un dechado!

Con rapidez.

¡Mas dónde hay loco que en muger se fía!

Lentamente.

¿El lecho á su marido guardó intacto,
ú olvidó su deber, perjura esposa?

Con ironía.

La ausencia es gran remedio, y no lo estraño,
pesa la soledad, y un nuevo esposo
de la triste viudez enjuga el llanto.

EUMEO.

¡La lengua ten! De mi mansion, mendigo,
de éste mísero ajuar dueño te hago,
de mi fé, de mi vida, de mi honra,
de todo cuanto tengo, y cuanto valgo,
pero jamás consentiré que insulte
á nuestra Reina, tu insolente labio.
Nadie entre las matronas de la Grecia
en constancia y virtud rayó mas alto.
Desde que Ulises aprestó sus naves
regocijos y fiestas acabaron,
y aunque monarcas mil han pretendido

con solícito afan su escelsa mano,
esposa fiel, la imágen del esposo
del leal corazon no se ha arrancado.
Tanta fidelidad hoy la ocasiona
mil penas; importunos, porfiados
mil y mil pretendientes la persiguen
sin cesar, y señores del palacio
de él no quieren salir, sin que la Reina
uno de ellos escoja.

Se levanta.

¡Desgraciados!
¡Si de Ulises no temen la venganza
temieran á los Dioses soberanos!
Pero esos pretendientes, raza incrédula
los tesoros agenos saqueando
sin vergüenza ni escrúpulo, aparecen
de todas partes. de Zacinto, Samos,
de aquí mismo; prolongan sus festines
al resplandor de los nocturnos astros
comen sin tino; beben sin medida;
con audaz desenfreno y desacato
seducen de la Reina á las esclavas,
finge ignorar la Reina tal escándalo,
que una debil muger puede tan solo
en silencio llorar males tamaños.

Siéntase al frente de Ulises.

ULISES.

A Eumeo.

¿No tiene hijos tu Rey? ¡Los pátrios bienes
si un hijo los defiende son sagrados!

EUMEO.

¡Hijo tiene: Telémaco se nombra
de apostura gentil, jóven gallardo!

ULISES.

¿Cierto? ¿Es gallardo?

EUMEO.

Nadie le aventaja
en Itaca.

ULISES.

¿Y será prudente, sábio?

EUMEO.

Casi iguala á su padre.

ULISES.

¿En el Consejo
discurre y habla con acierto?

EUMEO.

Tanto,
que al oirle los pueblos se alborozan
y su opinion respetan los ancianos.

ULISES.

¡Tambien será valiente! Inútil fuera
noble tener la faz y diestro el labio,
si el corazon es tímido y cobarde,
y débil tiembla en el combate el brazo.

Vuelven los Pastores con el vino.

EUMEO.

No es Telémaco así, de héroes nacido
héroe tambien será, sus tiernos años
hoy le impiden vengar tales afrentas,
pero los dias pasarán, y el plazo
llegará de tomar venganza justa,
de esa infame caterva de villanos.
Por eso ¡oh Dioses! las inícuas tramas,
las asechanzas pérfidas, los lazos
que le tienden los viles pretendientes
romped, y cuando torne libertadlo
de los navios que su vuelta acechan

y ~~en el puerto le aguardan emboscados~~.
escondidos del puerto, en los pastores.

CORIFEO 1.

Acogerán los Dioses tu plegaria
leal Eumeo, pero ya en los vasos
el vino hierve, y á gustar nos brinda
el jugo de la vid, risueño Baco.

EUMEO.

Toma una copa, la llena de vino y hace libaciones mirando á la estátua de Jupiter.

Dios que en Olimpo sobre el orbe imperas,
Dios que fulminas con tu diestra el rayo,
oye mi acento, tu favor imploro
Júpiter almo.

—

Si en honra tuya, si en tu prez recibo
al viejo enfermo, y al viador cansado
mis votos cumplo, protector del mundo
Dios soberano.

CORO.

Dios que en Olimpo sobre el orbe imperas,
Dios que fulminas con tu diestra el rayo,
oye mi acento, tu favor imploro
Júpiter almo.

EUMEO.

Perdido y solo mi señor traspone
selvas y montes, piélagos y lagos,
cual yó mi mano al desvalido tiendo
dale tu mano.

CORO.

Dios que en Olimpo sobre el orbe imperas,
Dios que fulminas con tu diestra el rayo,
oye mi acento, tu favor imploro
Júpiter almo.

Los Pastores beben.

ULISES.

¡Brindo á vuestra salud!

Bebe.

El vino dicen
descorre de la lengua los candados;
oidme, y no os burleis, lo que habeis dicho
pastores, por Pluton que me ha indignado.
¡Lo juro por los Dioses inmortales!
¡Si vuestra edad tuviera, si mi brazo
contestára al latido de mi pecho,
si fuese Ulises. .! de venganza rayo
caería en medio de las fiestas locas
de esos gefes infames y villanos
y la cabeza apuesto á que yó solo
los arrojaba del festin.... ¡á palos!

Risas.

CORIFEO 1.°

¡El vino se le sube á la cabeza,
recuerda el viejo sus floridos años!

CORIFEO 2.°

¡El fondo de las copas cristalinas
produce sueños belicos y gratos!

CORIFEO 1.°

Tambien el vino en mí su efecto causa.

CORIFEO 2.°

Yo veo el porvenir mas limpio y claro.

HIMNO A BACO.

—

CORO.

Dios de las Bacantes
por tu gran poder,
las viñas brotaron
de la sierra al pié.
Los pámpanos verdes
conque ornas tu sien,
son feliz emblema
de amor y placer.

Cantemos á Baco.
¡Evohe!

—

La edad venidera
mis ojos ya ven,
me muestra su arcano
divino poder.
¡Oh inmensa alegría!
¡Ulises! ¡El és!
El pueblo le cerca
gritando en tropel,
Eleva el incienso
la mística prez,
la rosa perfuma
umbral y dintel.
¡Ya entra! Ya besan
humildes sus pies,
los viles que usurpan
su régio dosel.
¡Cantemos á Baco!
¡Evohe!

ULISES.

¿Se ha retrasado algun pastor Eumeo?
Hacia aquí se aproximan, siento pasos.

ESCENA IV.

—

Los mismos TELÉMACO.

CORIFEO 1.°

¡Es Telémaco!—Entrad en la cabaña
¡Príncipe! Entrad.

Todos los Pastores saludan á Telémaco á quien Ulises contempla con avidez.

EUMEO.

Abrazando á Telémaco.

¡Sois vos! A nuestro lado
llegais señor, sin que peligro alguno
corrido hayais?

Toma la lanza de Telémaco y la pone en un rincon.

TELÉMACO.

Los Dioses son mi amparo:
de la casa de Ulises, protectora
Minerva, sin cesar está velando.

EUMEO.

Descansad, hijo mio.—Traereis hambre:
pan os daré y un trozo de venado.

Separa á los Pastores que se acercan.

TELÉMACO.

Este vino me basta.—No incomodes
á nadie.

A Ulises que se levanta.

Aquí estoy bien: siéntate anciano.

ULISES.

A Eumeo.

¡Tiene aspecto marcial!

TELÉMACO.

Sentado: á Eumeo que se acerca á él.

¿Quién es ese hombre?

EUMEO.

Un mendigo que vá peregrinando:
de luengas tierras viene, recorriendo
paises, y segun nos ha contado
á vuestro padre ha visto, mas no quise
crédito alguno dar á sus relatos.

ULISES.

Sentado delante de Telémaco.

¡Hijo! Perdóname si mi lenguaje
es franco y familiar, me has inspirado
un afecto tan vivo, que tan solo
al cariño de padre le comparo.

¡Pobre me vés, y desvalido y viejo!
¡Joven fuí, poderoso y esforzado!
En el sitio de Troya ví á tu padre
por vez primera y los estrechos lazos
de una amistad sincera nos unieron;
su compañero fuí, los mismos mantos
al estar una noche en emboscada
del rigoroso frio nos guardaron,
¡Hijo mio! ¡Su voz, su aspecto tienes!
En tí veo al amigo que idolatro.
¡Feliz él, si pudiera á su regreso
á su pátria, estrecharte entre sus brazos!

TELÉMACO.

¡Buen viejo! Si mi padre volver debe
algun dia, lo sabe solo el hado.

Se levanta.—A Eumeo.

Eumeo, cuida bien á ese extrangero;
á abrazar á mi madre voy en tanto.

EUMEO.

¿No dormís esta noche en la cabaña?

TELÉMACO.

Quiero á mi madre ver.

EUMEO.

Pues esperadnos,
oscura está la selva y en la sombra
puede haber enemigos emboscados,
las puertas del establo cerraremos
y vendremos despues á acompañaros.

TELÉMACO.

Sea pues.

Vánse Eumeo y los Pastores.

ESCENA V.

—

ULISES.—TELÉMACO.

TELÉMACO.

Tú buen viejo conociste
á mi padre?—En su nombre te reclamo
un favor.—Habla de él.

ULISES.

Mirándole con emocion.

¡Hijo! ¡Hijo mio!

TELÉMACO.

¿Por qué te turbas al mirarme anciano?
¡Callas y el llanto en tus mejillas corre!

ULISES.

Conmovido.

¿Te acuerdas de tu padre desterrado?

TELÉMACO.

Con entusiasmo.

¡Sin cesar pienso en él!—En el ilustre
gefe que me dió el ser, en el bizarro
adalid, cuyo nombre formidable
oyen los enemigos con espanto.
Yo me le represento, altivo, fiero,
semejante á los Dioses soberanos,
por el Dios de la guerra conducido,
por el Sol de la gloria coronado!
Yo quisiera en su vista recrearme,
yo quisiera besar su escelsa mano,
oir su voz que el sabio atento escucha,
y despues, sus lecciones practicando
mi naciente valor, hacerme digno

de su alta alcurnia, y de su egregio rango!

Con melancolía.

¡En su busca partí!—Toda la Grecia
recorriendo, por él he preguntado;
yó visité Lacedemonia y Pilos,
traspuse la nacion de los Pelasgos;
llegué á los muros de la heróica Tebas
y á Atenas y a Mesenia, pero en vano
atravesé veloz desde las olas
del Cipariso. hasta el Eurotas manso.

ULISES.

¿Le amas mucho?

TELÉMACO.

Tu mente se estravía.
¿No he de amar á mi padre?

ULISES.

Sin embargo,
tu no le conocias, ha partido
dejándote. hijo mio, en tiernos años!

TELÉMACO.

No conozco su faz, mas sí su gloria.
El mundo la proclama con aplauso.

ULISES.

¿Quisieras abrazarle?

TELÉMACO.

¡Dioses justos!

ULISES,

¡En tu presencia está!—¡Dale tus brazos!

TELÉMACO.

Retrocediendo.

¡Quién! ¿Vos mi padre? ¡Vos, anciano y pobre!

ULISES.

Minerva mi presencia ha trasformado.

TELÉMACO.

¿Qué decis?

ULISES.

Sí, Minerva ha permitido
que este disfraz engañe á mis contrarios.

TELÉMACO.

Con desconfianza.

¿Quién me asegurará que sois Ulises?

ULISES.

¡Oh Diosa Palas, mi suplicio amargo
mitiga! ¡Triste es ver al hijo mio
sin poder en mis brazos estrecharlo!
¡O vuélveme mi faz, ó háblale Palas!

Música dulce que anuncia la presencia de Minerva.

¡Tu padre soy!

TELÉMACO.

Con asombro.

¡Su aspecto se ha trocado!

ULISES.

¡Hijo!

TELÉMACO.

¡Su frente irradia!

ULISES.

¡Hijo querido!
¿Qué mas puedo decirte? ¡Por el sacro
Júpiter! ¡Soy tu padre!

TELÉMACO.

A un Dios semeja.

Música.

ULISES.

Con amargura.

Solemne juramento he pronunciado,
si en él creer no quieres, hijo, mira
mis lágrimas correr,

Abriendo los brazos.

¿Crees en mi llanto?

TELÉMACO.

Arrojándose en ellos.

¡Padre!

ULISES.

Abrazándole.

Hijo mio, deja que te mire
á mi solaz! ¡Qué hermoso! ¡Que gallardo!

Con amargura.

¡El único placer que he conocido
ya ha largo tiempo!

Con regocijo.

¡Pero al fin te abrazo
hijo del corazon!

Con entusiasmo.

¡Es aun mas bello
de lo que mis ensueños me pintaron!
No puedo de tus brazos arrancarme
no, no es posible.

Con resolucion.

Es fuerza sin embargo,
pudiéran sorprendernos!—Hijo mio,
escúchame; debemos ocultarnos
de la misma Penélope y de Eumeo;
mañana nos veremos en palacio
y en el proyectaremos nuestro ataque.
Si me ultrajan, tolera sus agravios

con faz serena y corazon tranquilo,
ya llegará el momento de vengarnos.
A Dios.

Vase.

ESCENA VI.

EUMEO.—PASTORES.—TELÉMACO.

EUMEO.

Ya estamos prontos.

TELÉMACO.

Bien, marchemos.

EUMEO.

¿Y el viejo?

TELÉMACO.

¿Qué se yo? Se habrá ausentado,
así son todos, el favor aceptan
pero no le agradecen.

EUMEO.

¿Vamos?

TELÉMACO.

Vamos.

Toma su lanza y se dispone á partir.

CORO.

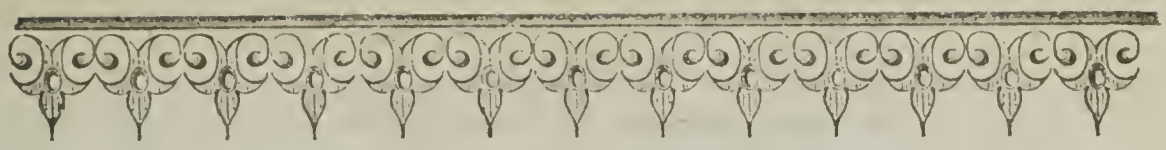
Os seguimos. ¡Oh noble Telémaco!
vuestra vida queremos guardar,
todos juntos, burlando las tramas
de los viles que ocultos están.

—

Y tú Pálas, potente en la guerra,
alma Pálas, fecunda en saber,
tú que ayer por el padre velaste,
vela hoy por el hijo tambien.

Vánse.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

El aposento de Penélope.—Es de noche.

ESCENA I.

MELANTHO.—ESCLAVAS INFIELES.

CORO.

La noche ha llegado, la luz purpurina
del Sol, ha extinguido su vivo fulgor,
tranquila los cielos preside Lucina
ya llegan las horas del lúbrico amor.

—

¡Salgamos...! El blando concento nos llama
del arpa de Eolo que encanta el jardin
y el pecho ardoroso palpita y se inflama
al grato recuerdo del libre festin.

—

Soy joven y hermosa, y abrasa mi pecho
el fuego incitante del rojo licor,
dulcísimo insomnio me agita en el lecho
¡Salgamos...! Nos llama la voz del amor.

Festines y amores y danzas y fiestas
los gefes nos brindan amantes do quier,
del duelo olvidemos las horas funestas
amar es la vida...! ¡La gloria el placer!

ESCENA II.

Las mismas.—EURICLEA *nodriza de Ulises* —EURINOMIA.—ESCLAVAS FIELES.

EURICLEA.

El paso detened, los cantos cesen,
en vez de terminar vuestras tareas
os entregais al vicio y á la holganza
en placeres ilícitos y en fiestas;
si el trabajo diario concluisteis
tomad la aguja ó empuñad la rueca:
Penélope sabrá vuestros desmanes
y castigo os dará.

MELANTHO.

Calla Euriclea,
saben los pretendientes libertarnos
de la cólera vana de la reina.

EURICLEA.

No ha muerto Ulises, volverá y entonces.,.

MELANTHO.

El cadáver de Ulises yace en tierra,
mejores amos nos depara el hado,
quédate con tu insólita tristeza
que en nuestra juventud culto rendimos
en las aras de Venus Citeréa.

EURICLEA.

A las esclavas fieles.

Ois esos discursos insolentes?

EURINOMIA.

Mi virtud por livianos los desprecia.

MELANTHO.

La vida es el amor.

EURINOMIA.

La honra Melantho
vale mas que el amor.

EURICLEA.

La reina llega.

ESCENA III.

Los mismos.—PENÉLOPE.

Penélope se sienta á su labor y trabaja en silencio, las esclavas fieles se agrupan á su alrededor, las infieles reunidas están al otro lado del aposento.

EURICLEA.

A Penélope despues de un rato de silencio,

Hija mia, los gefes esta noche
á visitaros vienen, su presencia
han anunciado ya por sus heraldos;
quereis que os pinte el rostro? La mas bella
necesita de adorno: aunque blasone
de virtud la muger, todas anhelan
agradar á los mismos que aborrecen.

PENÉLOPE.

¡Adornos para mí...! ¡Nodriza, cesa!
Yo deseo agradar solo á mi Ulises
y ójala que ésta mísera belleza
que tanto ensalzan y que yó maldigo
de mi llorosa faz despareciera.
¡Desgraciada! La tela terminada

está ya. ¡Cómo cumplo mi promesa!
¿Qué haré por retardar este himeneo?
—Falta el último punto! ¡Infausta estrella!
En vano tomo la acerada aguja,
mi incierta mano sin querer la suelta.
¿Porqué no te rompiste una y mil veces,
y tú velo fatal de angustias prenda,
porqué el ardiente llanto que he vertido
en tí, no te abrasó maldita tela?
A tal dolor la muerte es preferible.

EURICLEA.

El hado alivio preste á vuestra pena.

PENÉLOPE.

No: no espero en los Dioses enemigos.

EURICLEA.

Siempre en los males la esperanza queda.

PENÉLOPE.

Moviendo la cabeza en señal de duda.

Ah!

ESCENA IV.

Dichos.—ULISES, *de mendigo y* TELÉMACO *al fondo.*

TELÉMACO.

A Ulises señalando á Penélope.

La veis? Allí está.—Vedla, sentada,
trabajando!—Inclinada la cabeza.

ULISES.

¡Oh Dioses inmortales! Tanto tiempo
separado y estar tan cerca de ella!
—Penélope! No puedo contenerme!
—Esperate, hijo mio, espera...! espera...!

EURICLEA.

Volviendo la cabeza y viendo á Telémaco.

Telémaco está allí.

EURINOMIA.

Y le acompaña
un anciano.

ULISES.

A Telémaco.

Hijo mio, ten prudencia.

Se adelantan.

TELÉMACO.

A Penélope.

Este es el huesped, madre, de que hablamos,
su trage no mireis ni su miseria,
dadle buena acogida, sus palabras
talento anuncian, instruccion revelan.
Además, á mi padre ha conocido
segun ha dicho, por remotas tierras,
preguntadle, si os place, madre mia
y mal no le trateis.

Se coloca detras del asiento de su madre.

PENÉLOPE.

Tal me aconsejas
hijo mio! Renombre de virtuosa,
Penélope alcanzó, contraria muestra
de su fama daría á ese extrangero,
si por que viste mal, mal le acogiera.

A Ulises.

Aproximáos huesped, y sentaos
en el hogar, mañana os daré mesa
con los pastores y mullido lecho
esta noche tendreis, en donde puedan
descanso hallar los miembros fatigados

y del frio os resguarde y os guarezca.
Y si me hablais sin dolo ni artificio,
en regalo, una túnica ancha y buena
he de daros. Decídme: ¿vuestro nombre
cuál es? Vuestro pais dónde se encuentra?
Quién os condujo á nuestro reino, anciano?

ULISES.

Sois vos...! Sois vos...! Magnánima princesa,
vuestra sabiduría el orbe aclama!
Mi saludo acojed, preclara Reina,
cuyo glorioso nombre no cabiendo
dentro del mundo, hasta los cielos llega!

PENÉLOPE.

La gloria de la viuda desolada
con su esposo murió sobre la tierra,
no me llameis gloriosa, hallad un nombre
que cuadre con el llanto y la tristeza.
Mas cuál es vuestra pátria?

ULISES.

Hijo de reyes
nací, mi patria es la Isla de Creta,
Deucalion fué mi padre, hijo de Mïnos,
que de Jove proclama la ascendencia.
Aëthon es mi nombre; Idomeneo
mi hermano es; cuando á la cruda guerra
Ulises hácia Troya navegaba
á nuestras playas tempestad violenta
le arrojó con sus naves y guerreros.

Atencion en las esclavas fieles.

Yó le acoji en mi casa; estuvo en ella
diez dias, y al onceno, sosegada
la ruda tempestad, dióse á la vela.

PENÉLOPE.

¿Y és cierto? ¿Ulises era? ¿Era mi esposo?

¡No me engañais anciano?

ULISES.

Ulises era.

PENÉLOPE.

¿Estuvo en vuestra casa?

ULISES.

Fui su huesped.

PENÉLOPE.

¡Oh Dioses! Acercad... dadme que pueda
estrechar esa mano que mi Ulises
estrechó entre las suyas!

Le toma la mano.—Llorando.

¡Qué halagueña
tristeza ese recuerdo en mi alma infunde!

ULISES.

Aparte.

¡Quién la tiene á su lado y no la estrecha
contra su corazon!

Retirando la mano.

¡Soltad mi mano,
áspera y ruda es para las vuestras!

PENÉLOPE.

Aunque ruda, a otras muchas la prefiero!
—Hablad! Hablad de Ulises!

ULISES.

Temo, ¡oh Reina
renovar vuestro llanto

PENÉLOPE

Por Ulises
el llanto que derramo me consuela,
¿Os hablaba de mi?

ULISES.

Siempre señora.
Tenía á una hermosísima princesa
por esposa, la amaba tiernamente
y era su gran dolor, su mayor pena,
estar de su hermosura separado.

PENÉLOPE.

Y luego...?

ULISES.

Era tan pura como bella,
y aumentaba su amor un gentil niño,
hermoso, cual la luz de las estrellas!

PENÉLOPE.

¡Oh caro Ulises! De tu noble estirpe
á los Dioses pediste descendencia,
y los Dioses tus preces escucharon!
Te dió un hijo mi amor! ¿Quién te dijera
cuando vias cumplidos tus deseos
que tan fugaces tus venturas fueran!

Abraza á Telémaco y se sienta.

Y despues qué decia?

ULISES.

No recuerdo.
Siempre de vos hablaba, siempre. ¡Oh Reina!

PENÉLOPE.

No me engañais? La desolada viuda
no merece el engaño!

ULISES.

No le intenta
mi labio, no.

PENÉLOPE.

Veré no obstante, anciano,

si son ó nó vuestras palabras ciertas.
Cuando en vuestro palacio recibisteis
á Ulises, respondedme: ¿Cómo era
su trage? ¿Quiénes eran sus amigos?

ULISES.

Si mi mente confusa no recuerda
mal, un manto de púrpura cubría
sus hombros.

PENÉLOPE.

Es verdad!

ULISES.

Broche de piedras
preciosas, sugetábale.

PENÉLOPE.

Le puse
yo misma.

ULISES.

Y en las orlas, cual centellas,
cien estrellas y cien resplandecian.

PENÉLOPE.

Yo las bordé!

ULISES.

Llevaba en la rodela
el timbre de su empresa victoriosa.

PENÉLOPE.

Decid, ¿Cuál era el timbre de su empresa?

ULISES.

De rojas fauces y brillantes ojos,
un noble can, bajo sus pies sugeta
á un tímido cervato.

PENÉLOPE.

El cán, mordía
al ciervo?

ULISES.

El ciervo por huir se esfuerza
agitando los pies, mas todo en vano.

PENÉLOPE

A Telémaco.

Es verdad! Es verdad!

ULISES.

¡Oh! Tengo buena
memoria.

PENÉLOPE.

¿Os acordais de sus amigos?

ULISES.

Uno de ellos, tenía la tez negra,
los ojos relucientes, encrespado
el cabello, y la espalda contrahecha;
se llamaba... Euribates.

PENÉLOPE.

En efecto,
ya no puedo dudar con tales señas!
¡Vos habeis á mi Ulises acogido!
¡Oh caro huesped! ¡Mi piedad se trueca
en un vivo cariño! ¡Yo os ofrezco
de hoy mas, anciano, mi amistad eterna!

Levántase y se dirije á Ulises.

¡Noble extrangero! Aunque de aspecto humilde,
respira dignidad vuestra presencia.

Acercándose.

¡Y es singular! Cuando de cerca os miro,

vuestro rostro el de Ulises me recuerda,
y cuando hablais, parece que el acento
tambien de Ulises, en mi oido suena.

ULISES.

Pintada en vuestro espíritu su imagen,
por do quiera le veis, le ois do quiera.
Yo era mayor que el hijo de Laertes,
á ser él, viviría mas alerta.

PENÉLOPE.

¡Oh sí! Teneis razon! Por todas partes
creo verle, su imágen se presenta
sin cesar ante mí!—Dejemos esto:
de vos quiero ocuparme, dándoos muestra
de mi amistad.

A Euriclea.

Nodriza!

ULISES.

Poca cosa
necesito. Un rincon en donde pueda
del frio resguardarme, en él tendido,
esperaré Señora, á que amanezca.

PENÉLOPE.

Dejadme á mí. ¿Sabeis á su partida
lo que Ulises me dijo?

ULISES.

No sé...!

PENÉLOPE.

Puesta
su mano entre las mias...—»Cara esposa,
no sé si Jove dispondrá que vuelva.»
—Esclamó.— »Mil peligros nos amagan,
los Troyanos, son diestros en la guerra.

Manten la casa próspera. Mi padre,
á tu cariño confiado queda...»

ULISES.

¿Sin duda habeis cumplido sus deseos?

PENÉLOPE.

¡Cómo no he de cumplir lo que él me ordena!

ULISES.

Esa piedad os honra.

PENÉLOPE.

»A nuestro hijo
críale digno de su estirpe regia,
haz de él un gefe bravo...!!»

ULISES

¡Y lo lográsteis...!!

PENÉLOPE.

»Si llaman peregrinos á tus puertas,
piensa en mí, que alejado de mi pátria
peregrino seré sobre la tierra.»
Lo veis anciano? Si de vos me ocupo
á Ulises solo agradecerlo es fuerza.

ULISES.

Aparte levantando las manos al cielo.

Oh Júpiter!

PENÉLOPE.

Y luego.. ¿no he de daros
la honrosa proteccion que os debió en Creta?
Pero... es mejor! Decid. ¿Cuándo es la marcha?

ULISES.

Mañana.

PENÉLOPE.

No espereis que lo consienta!
Quedaos con nosotros; aquí anciano
no volverá á aquejaros la miseria,
nada aquí os faltará; vestido y lecho
y alimento. ¿A qué andar cruzando tierras?
En paz aquí terminareis los dias,
con vos, de Ulises hablaré sin trégua,
y escucharé ese acento tan querido
que al acento de Ulises se asemeja.

ULISES.

Pero...

PENÉLOPE.

Mi hijo es jóven, necesita
los consejos de un viejo y la esperiencia.
Quedaos aquí.

ULISES.

Vacilando.

Pues bien... tal vez... no digo...

PENÉLOPE.

No hay mas que hablar.

A Euriclea.

Prepárale Euriclea
un lecho bien cubierto, donde el huesped
descanse á su solaz, agua calienta
en un trípode, y torna, que disponen
los pies lavarle las costumbres nuestras.

Váse Euriclea con Eurinomia y otras dos esclavas.

Yo imagino que Ulises vaga errante
surcando mares ó cruzando selvas,
que tiene como vos las manosrudas,
que su vejez con el dolor se aumenta.

Con amargura.

Pero ¡ah! No! No es verdad, no existe Ulises.

Se sienta.

ULISES.

Si los Dioses.., (la duda es una ofensa),
defienden y aman á la casta esposa,
si las virtudes de los hombres premian,
si hay divina justicia, los escelsos
Dioses, no han dejaros sin defensa,
no os abandonarán!

EURICLEA.

Vuelve bruscamente.

Los pretendientes!

PENÉLOPE.

¡Oh cielo!

EURICLEA.

A su clamor el átrio tiembla!

ULISES.

¡Los pretendientes!

EURICLEA.

Escuchando á la puerta.

Qué rumor.. ?

TELÉMACO.

A Penélope.

Oh madre,
no temais! ¡Vengaré vuestras afrentas!

PENÉLOPE.

¡Ah! No escites su cólera, hijo mio,
son mas fuertes que tú.—Parte.

TELÉMACO.

Con un gesto de altivez.

¡Oh vergüenza!

madre...! Dejadme...!

PENÉLOPE.

Miserable suerte
la mia! ¡Tú mi padecer aumentas!
¿Ya que perdí á mi esposo, el hado impío
permitirá tambien que á mi hijo pierda?
¿Quién tan fiero dolor resistiría?

EURÍMACO.

En el vestíbulo.

¡Antinóo!

EURINOMIA.

En el vestíbulo.

¡Socorro!

ANTINÓO.

En el vestíbulo.

¡Detenedla...!

Eurinomia y las otras dos esclavas se precipitan aterradas en el cuarto de Penélope.

EURINOMIA.

Arrojándose en los brazos de Euriclea.

Defendedme...!

EURICLEA.

Qué és eso?

EURINOMIA.

Defendedme!
Los pretendientes son! Mirad... ya llegan!

ESCENA V.

Dichos.—ANTINÓO.—EURÍMACO —AMPHINOMIO, *y los demas pretendientes.*

Antinóo que perseguía á Eurinomia, se detiene en el dintel al ver á Penélope.

ANTINÓO.

A un heraldo.

Heraldo! Anúncianos.

TELÉMACO.

Silencio heraldo!
Sobrado les anuncia su insolencia!

ANTINÓO.

Con audacia se esplica el niño imberbe.

TELÉMACO.

Castigar sabrá el niño tu soberbia.

Penélope se levanta aterrada.

ULISES.

Bajo á Telémaco.

Vete!

Telémaco se retira mirando con audacia á los pretendientes.

EURIMACO.

A Antinóo.

Enseña los dientes ya el cachorro,
esperar no debemos á que muerda.

ULISES.

Aparte.

Cállate corazon, como callaste
del cíclope ~~sagaz~~ voraz en la caverna.

Se retira á un lado.

AMPHINOMIO.

Adelantándose hacia Penélope.

¡Salud hija de Ícaro! ¡Penélope!
¡Que adunas la beldad á la modestia!
Si cual nosotros hoy os contemplamos
todos los otros príncipes os vieran,
mil y mil pretendientes se arrojaran
el premio á disputar de tal belleza.

PENÉLOPE.

Sí, bella fuí Amphinomio, mas fué antes
que mi Ulises á Pérgamo partiera,
pero al marchar llevóse mi hérmosura,
no puedo recobrarla hasta que vuelva.

ANTINÓO.

Reina que hablais con artificio tanto.
¡De ver á Ulises esperanza os resta!
No la teneis. En vano cada dia
nuevos rodeos vuestra astucia inventa.
¿Porqué promesas nos haceis, Señora,
para eludir despues vuestras promesas?
¿Creeis así burlarnos? ¡Es preciso
que ésta burla falaz, término tenga!
Mostrándonos el velo comenzado
dijísteis: »Esperad á que le teja,
quiero hacer un sudario al Rey Laertes
para cubrir su cuerpo cuando muera.»
Por el dia tejiais ese velo,
de noche desaciais esa tela
y cuatro años enteros sin descanso
tornásteis, dia y noche, á tal faena.
Pero al fin conocimos vuestra astucia,
y no hay remedio ya, ninguno os queda.
El velo está tejido á pesar vuestro,
no apeleis otra vez á estratagemas.
Fuerza és que os decidais, mañana mismo,

mañana mismo, os lo advertimos, Reina.
Elegid, al que os plazca de nosotros,
al que dones mas ricos os ofrezca.
Casada ya, de aquí saldreis, Señora,
con el feliz que vuestra mano obtenga,
los demas partirán; así Telémaco
disfrutará tranquilo de su herencia.
Mas si pensais burlaros todavía,
aquí nos quedaremos sus riquezas
devorando; renombre sobre-humano
adquirireis, y fama duradera,
pero vuestro hijo perderá su reino;
lo juro, no saldremos de estas tierras
sin que esposo elijais.

PENÉLOPE.

¿Has acabado?
¿Has acabado venenosa lengua?
¿Y tú fama de sabio has adquirido?
¡Ah! ¡Que mal te conocen! Dí, contesta.
¿Porqué tan crudamente me persigues?
—¿Y me hablas de mi hijo? ¿Acaso piensas
que tus proyectos bárbaros ignoro,
lo que ayer intentabas y aun intentas?
—Escondido en el puerto le esperabas
ayer para matarle.—Bien aprecias
la acogida que Ulises dió á tu padre,
Dilapidas su casa, su honra huellas;
á su esposa persigues y á su hijo
quieres asesinar...!

AMPHINOMIO.

Ninguno atenta
á la vida preciosa de Telémaco,
y si algun miserable le ofendiera,
nada por él temais, tengo una espada
y esgrimirla sabría en su defensa!

¿Mas porqué no evitais tantas zozobras
eligiendo un apoyo que os sostenga?

PENÉLOPE.

Con dulzura.

No rechazo Amphinomio otro himeneo;
cada cual sufre próspera ó adversa
la suerte que el destino le depara,
pero envidio á otras víudas que en sus penas
felices son, al menos, el consuelo
de llorar á sus solas, no las vedan!
De su perdido esposo. la memoria
pueden honrar con lágrimas siquiera,
sus secretos recuerdos nadie espía,
con su dolor, con su pesar las dejan!
Yo, arrastrada al altar como al suplicio,
he de partir mi tálamo y mi mesa
con otro hombre, y por colmo á mis pesares
hasta nuestras costumbres se desprecian!
Nunca he visto al amante, que la mano
de una hermosa muger, lograr anhela,
espresarse con términos severos,
dirigirla palabras altaneras,
acabar con sus mieses y ganados,
robar su oro, destrozar su hacienda,
sino hablarla con frases cariñosas
y amorosos presentes ofrecerla.

ANTINÓO.

Penélope...! Está bien...!—Desde mañana
os daremos alhajas y preseas
de gran valor.

Con vanidad.

Veremos entre tantos
quién regalo mejor á dar acierta.
—Mas lo repito; asunto es yá resuelto,
mañana, esposo elegireis, princesa!

Vánse despues de haber saludado á Penélope.

ESCENA VI.

PENÉLOPE.—ULISES.—EURICLEA.—MELANTHO. ESCLAVAS.

PENÉLOPE.

Al coro.

Llorad esclavas la desdicha mia!

EURINOMIA.

Vuestra desgracia deploramos Reina!

PENÉLOPE.

A Euriclea.

Mas no debemos olvidar al huesped
que al hogar, silencioso se calienta.
Vé á lavarle los pies, nodriza!

Euriclea quita el trípode del fuego y echa agua caliente y fria en un lebrillo, luego se dirige á Ulises y se prepara á lavarle los pies.

EURICLEA.

Anciano,
voy á cumplir lo que la Reina ordena,
gozosa la obedezco, vuestro aspecto
me retrata de Ulises la presencia.

ULISES.

Soy algo parecido!—Sin embargo
era mas alto Ulises.

Euriclea lava los pies á Ulises.

PENÉLOPE.

¡Cruel estrella!

CORO DE ESCLAVAS FIELES.

Vuestro dolor deploro, ¡oh viuda desolada!
perdísteis un esposo, guerrero, sin rival,

sus pálidos despojos, tragó la tumba helada,
su espíritu atraviesa, la Estigia funeral.

Euriclea que lava los pies de Ulises, suelta la pierna de éste que tenía cogida la cual cae en el lebrillo y le vuelca.

EURICLEA.

¡Dioses! ¡Qué cicatriz!

A Ulises.

¡Hijo! ¡Hijo mio!
¡Vos sois Ulises!

ULISES.

Tapándola la boca con la mano derecha y atrayéndola á sí, con la izquierda.

¡Calla! ¡No me pierdas!
Tú que me alimentaste con tu seno
nada digas.—Obrar al cielo deja!

Euriclea le besa las manos, luego le enjuga los pies y se los perfuma con esencias.

CORO DE ESCLAVAS FIELES.

Las fértiles campiñas, el término risueño
de esta nacion querida, llorosa dejareis,
y allá en remotos climas, y en brazos de otro dueño
quizá altanero y duro, esclava vivireis.

PENÉLOPE.

La muerte solo mi dolor mitiga.

ULISES.

Acercándose á Penélope.

Es natural, Señora, vuestra pena
y no la vitupero; sin embargo,
vuestro rostro las lágrimas afean,
abandonad de la viudez el duelo,
de sobrada constancia disteis pruebas.
Casaos...! Un esposo bello, joven,
elejid. De ese rostro desparezcan
las lágrimas.—Ulises ya no existe.
Oi decir que se encontró su huesa.

PENÉLOPE.

¡Si ha muerto, á sus cenizas me consagro!

ULISES.

Oi no obstante las palabras vuestras
y en ellas he entrevisto una esperanza!

PENÉLOPE

Quiero engañarlos y ganar con ellas
tiempo; evito irritarlos, que la astucia
solo anciano, es el arma que me queda.
los halago y escusas luego invento,
pero... ceder...! Jamás...! Estoy resuelta!

ULISES.

Noble muger! Dejadme que os admire!
¿Dónde virtud mayor, dónde se encuentra?
Débil, sola, eludiendo de cien gefes
la instigacion constante y violenta
su ardor apaciguando y sus enojos
y triunfando ¡con solo su modestia!

PENÉLOPE.

¡Ah! Yá qué puedo hacer! Yá no hallo medio
de engañarlos!

ULISES.

Oid: tengo una idea:
tal vez los mismos Dioses me la inspiran!
Ulises... cierto! Cuando estubo en Creta
me habló de un arco grande que tenía,
tan duro, que no hay mano de tal fuerza
que le pueda tender mas que la suya.

PENÉLOPE.

Es verdad.

ULISES.

Escuchad! Luego en hilera

doce sortijas de metal colgaba
en pilastras de bronce, y con destreza
poco comun, la flecha despedida
pasaba en medio sin tocar en ellas.

PENÉLOPE.

Es cierto!

ULISES.

Pues mañana presentaos
con el arco de Ulises en la diestra,
y decidles: »Cediendo á vuestros ruegos
teneis la liza por mi mano abierta,
pretendientes el premio disputaos.
Quien el arco de Ulises tender pueda,
quien al tiro primero pasar logre
por estos doce anillos esta flecha
sin tocar en ninguno, ese mi mano
solamente obtendrá, tened en cuenta
que muerto Ulises, ser no puedo esposa
sino de otro tan diestro y de tal fuerza.»

PENÉLOPE.

¿Y si algun pretendiente lo consigue?

ULISES.

Solemnemente.

¡Quizá entonces Ulises aparezca!

Con rapidez.

¡Mas no es posible, nadie en este mundo
consigue de arco tal tender la cuerda!

PENÉLOPE.

¡Gracias os doy! Me agrada vuestra astucia.

ULISES.

No lo olvideis. Mañana haced la prueba.

PENÉLOPE.

Vuestro consejo seguiré.

ULISES.

Señora,
dormid en paz. ¡Los Dioses os protejan!

PENÉLOPE.

¡Ah! Vos descansareis, á mí tan solo
lágrimas en mi tálamo me esperan!

ULISES.

Pueda un sueño apacible consolaros.

Váse Penélope.—Ulises la mira salir.

ULISES.

¡Duerme esposa leal, tu Ulises vela!

ESCENA VII.

TELÉMACO.—ULISES.—EURICLEA.—EURINOMIA.
MELANTHO.—ESCLAVAS *fieles é infieles.*

TELÉMACO.

A Ulises.

Antes de retirarme, quise, ¡oh huesped!
despedirme de tí, di, qué deseas,
cómo te han recibido, estás contento?

ULISES.

Un blando lecho, príncipe, me espera.

TELÉMACO.

Aproxímate, hablarte quiero á solas.

Ulises y Telémaco se apartan á un lado.

¿Qué teneis que mandarme?

ULISES.

La hora llega
de la venganza hijo, así lo espero,

todas las armas que los gefes tengan
del festin en la sala, es necesario
que sin falta mañana desparezcan,
ocúltalas: si acaso te preguntan
los pretendientes dónde están, contesta:
»como el vino disputas ocasiona,
que ensangrenteis no quiero vuestras fiestas.»
No obstante, para tí deja escondidas
una espada, una lanza, una rodela.

TELÉMACO.

Bien padre, cumpliré vuestros mandatos.
¿Qué mas?

ULISES

Levantando un dedo en el aire.

En cuanto veas esta seña,
desenvaina el acero, y con pujanza
sígueme.—Lo demás lo hará Minerva.

TELÉMACO.

Ya señalar mis golpes ambiciono
y que de mi valor veais la muestra!
¡Qué gloria para mí, lograr mi triunfo
primero, de mi padre en la presencia!
¡Yá no me llamaran imberbe niño,
de un héroe sigo las gloriosas huellas!
¡Combato con Ulises! ¡Con Ulises,
que á tantos héroes conoció en la guerra,
á Aquiles, á Hector, á Ayax, á Diomedes!
¡Con sangre he de lavar tantas afrentas!

ULISES.

Mirando á su hijo con satisfaccion.

Bien; pero habla mas bajo.—Hasta mañana

TELÉMACO.

Acercándose al coro y en alta voz.

Me satisface anciano tu respuesta,

al ver tu aspecto y al mirar tu traje,
huesped, á concebir llegué sospechas;
mas todas tus razones las destruyen.

A Euriclea.

Llévale al lecho y que tranquilo duerma.

Váse.

EURICLEA.

Acompañando á Ulises y hablándole en voz baja,

¡Oh señor! ¡Oh señor!

Ulises la dirije una mirada que la obliga á callar, luego dice en alta voz.

Vamos buen hombre,
venid al lecho.

ULISES.

Vamos, Euriclea.

Vánse.

ESCENA IX.

MELANTHO.—ESCLAVAS INFIELES.

CORO.

Venus Cipria, soberana
de la tierra y los placeres,
por tí nacen en Citeres,
lauro, mirto y azahar.
Por tí existe el orbe entero,
por tu aliento y tu sonrisa
es amorosa la brisa,
blanca la espuma del mar.

—

Inspira, ¡oh Reina del mundo!
nuestras danzas y canciones
infunde en los corazones
el entusiasmo, el ardor.
Llévanos, ¡oh Cíterea!
á tus regiones vedadas,
do vivamos estasiadas
en los brazos del amor.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala de festines en el palacio de Ulises.—Los pretendientes están sentados á la mesa.—Las Esclavas fieles les escancian, otras están al lado de los pretendientes y beben con ellos.—La accion pasa al medio dia.

ESCENA I.

TELÉMACO.—ANTINÓO.—AMPHINOMIO.—EURIMACO.—CTESSIPPO.—AMPHIMEDONTE *y los demas pretendientes.*—THEOCLIMENES, *el augur, sentado á la mesa.*—PHEMIO, *cantor.*—EUMEO.—MELANCIO, *criado de los pretendientes.*—CORO *de esclavos de los pretendientes.*—CORO *de esclavas infieles.*—CORO *de pastores.*

PHEMIO, *el cantor.*

De recia lucha, de contienda brava,
sale el noble guerrero vencedor,
y en blando lecho la amorosa esclava
su gloria premia con su tierno amor,

A lejanas regiones, guerra y duelo
lleva y recoje espléndido botin,
torna despues triunfante al pátrio suelo
y preside el magnífico festin.

CORO DE ESCLAVOS.

De las doradas ánforas
el vino derramad
y al son de alegres cánticos
las copas elevad.

Cantemos, cantemos
al son de la orquesta,
de Apolo es la fiesta,
esclavos, cantad.

CORO DE PASTORES.

Los Pastores están en un rincon del salon á la derecha del espectador.

¡Apolo! abandona la flauta y el sistro
y lanza al perverso tu flecha mortal,
que venga la Muerte, tu torvo ministro
y el fiero Caronte del orco guardian.

CORO DE ESCLAVAS INFIELES.

Con tamboriles en la mano.

Cantemos en coro
de Apolo el loór
retumbe el sonoro
Cretense tambor.
¡Viva!
¡Viva la orgía!

Yo soy la alegría,
yo soy la Bacante,
dejadme que cante
al son del tambor.

Danzas.

CORO DE PASTORES.

¡Apolo! abandona la flauta y el sistro
y lanza al perverso tu flecha mortal,
que venga la Muerte, tu torvo ministro
y el fiero Caronte del orco guardian.

CORO DE ESCLAVOS.

De las doradas ánforas
el vino derramad
y al son de alegres cánticos
las copas elevad.

Cantemos, cantemos
al son de la orquesta,
de Apolo es la fiesta,
esclavos, cantad.

CORO DE ESCLAVAS INFIELES.

Cantemos en coro
de Apolo el loór
retumbe el sonoro
Creteuse tambor.
¡Viva!
¡Viva la orgía!
Yo soy la alegría,
yo soy la Bacante,
dejadme que cante
al son del tambor.

Danzas.

ESCENA II.

Dichos.—ULISES, *entra con traje de mendigo y se detiene en el dintel.*

MELANCIO.

Dirigiéndose á Ulises.

¿Qué quieres vagamundo? Vete fuera!

ULISES.

Una limosna dadme, estoy hambriento.

MELANCIO.

Vete de aquí, no turbes la alegria
de mis señores.

ULISES.

Desvalido y viejo
soy! Por los justos Dioses socorredme!

EUMEO.

A los esclavos.

A ese anciano acoged!

MELANCIO.

Rechazando á Ulises que se resiste.

Vete mas lejos
á mendigar! ¿Te atreves ¡importuno!
con tus harapos míseros, cubierto,
á mezclarte en la fiesta ¡vil mendigo!
entre señores jóvenes y bellos?

TELÉMACO.

¡Ola! Qué ruido es ese?

MELANCIO.

De aquí lanzo
Señor, á un miserable pordiosero
y no quiere partir.

TELÉMACO.

Porqué arrojarle?
Dejadle entrar.—La maldicion del cielo
cae sobre aquel que al mísero no ampara!
Déjale entrar Melancio.

Llamando á Eumeo que está á la cabeza de los pastores.

Escucha Eumeo,

Eumeo se acerca á Telémaco.

Este pan toma, dásele á ese pobre
que está á la puerta y dile que sin miedo
entre aquí á mendigar, que la miseria
resignada, es honor, no vilipendio,

EUMEO.

Tomando el pan y llevándosele á Ulises.

Voy á colmarte de alegría, anciano,
toma este pan, te le regala el dueño
de la casa, y me dice que tranquilo
entres á mendigar, pobre extrangero!

ULISES.

Guardando el pan en su alforja.

Tu amo es un digno joven! Pido á Júpiter
su proteccion le preste en sus proyectos.

Se acerca á la mesa y se dirige á Ctessippo.

Vista alegre teneis, rostro florido,
parece que no os falta el alimento,
yo ayuno muchos dias, noble joven,
de lo que vos tirais, dadme los restos.

CTESSIPPO.

¡Quítate vagamundo!

ANTINÓO.

¿Quién nos trajo
ese rufian?

ULISES.

El pan tan solo quiero
que vos desperdiciais, del indigente
podra ser abundante refrigerio,
deber del poderoso, es del mendigo
el hambre mitigar...

CTESSIPPO.

Ea! Silencio!

ULISES.

Si teneis ofendidos á los Dioses,
si en el alma sentis remordimientos,

una accion buena, los pecados borra.

CTESSIPPO.

Vete! Nada te doy.

ULISES.

A Amphinomio.

De vos espero
magnánimo Amphinomio mas clemencia,
bien sé que es mas sensible vuestro pecho.
Pluguiera al cielo que al buscar esposa
como vos la anhelais, diéraosla el cielo
hermosa y económica y prudente
y llena para vos de amor inmenso.

AMPHINOMIO.

Dando su copa á Ulises.

Toma mi copa, el generoso vino
dé fortaleza á tus cansados miembros,
y ójala que el destino inexorable
que te aqueja, se torne mas risueño.

ULISES.

Volviéndole la copa despues de haber bebido.

Noble Amphinomio, de monarcas hijo,
soís un señor caritativo y bueno;
un consejo amistoso voy á daros
en cambio del favor que me habeis hecho.
No mireis mi presencia ni mi traje;
ved solo la bondad de mi consejo.
Huid! Huid!; Las cosas que aquí pasan
dignas son de censura y vituperio;
de otro venis á perseguir la viuda,
venis á malgastar bienes agenos,
no Amphinomio, los Dioses no toleran
tan infames acciones mucho tiempo.
Retiraos, partid, partid al punto,
no espereis ni una hora, ni un momento,

partid pronto, la Muerte os amenaza.

Solemnemente.

Sobre el palacio ya, tiende su vuelo!

AMPHINOMIO.

Aterrado se levanta, luego sentándose dice.

Bien, ya lo pensaré.

ULISES.

Será ya tarde!

Vuelve á tomar el tono humilde y se dirige á Antinóo.

Una limosna dad al pobre viejo,
noble Antinóo, vos, mas que ninguno
dar podeis, que el mas rico sois entre ellos.
Yó, rico fuí tambien! Limosnas daba,
pero hoy... las pido!

ANTINÓO.

Charlatan eterno,
calla pues...! sal de aquí, vete villano,
á trabajar al campo! No queremos
dar de comer á viejos holgazanes;
la esteva y el arado, ese es tu puesto!
Déjanos! Tus clamores me importunan!

ULISES.

Oh! Labrando á la vez igual terreno,
no sé, no sé, altanero pretendiente,
quien hará de los dos surco mas recto!
Yo no soy holgazan, no soy villano,
pero vos... hablais siempre con desprecio!

Con violencia.

El villano sois vos que impunemente
los tesoros gastais que no son vuestros.

ANTINÓO.

Ah! Me insultas.

Tirándole un banquillo.

Pues toma!

TELÉMACO.

Levantándose y sacando la espada hasta la mitad.

Por los Dioses!

Ulises detiene el brazo de Telémaco.—A Antinóo sentándose.

Gracias á que mi huesped salió ileso!

ULISES.

Vuelve al dintel de la puerta, dirigiéndose á Antinóo.

Véngame, ¡oh Jove! del mendigo amparo!

CORIFEO.

Invoca anciano la piedad del cielo!

EUMEO.

Maltratar á un mendigo! No respetan
nada! ¡Oh! Qué trocados son los tiempos!
El hijo de Laertes, para el pobre
siempre tenía su palacio abierto!

AMPHINOMIO.

A Antinóo.

Si un disfrazado Dios fuera el mendigo?
Mal haces de insultar á ese extrangero.

ANTINÓO.

Riéndose.

Ah! Qué Dios tan ridículo!

Todos los pretendientes rien á carcajadas.

THEOCLIMENES.

Esas risas,
fúnebres son! De oscuridad cubiertos
os miro! La rojiza sangre humea,
se estiende por el ancho pavimento!
Tristes lágrimas corren! Roncos gritos

oigo que exhalan moribundos pechos!
De sombras funerarias y precitas
el salon y los patios están llenos,
corren, se apiñan, confundidas bajan
de Proserpina á los sombrios reinos!
El Sol apaga su fulgor! Nos cubre
la noche funeral del hondo averno!

PRETENDIENTES.

Riéndose.

Ah! ah! ah!

ANTINÓO.

¡Torpe augur! Estás borracho?

A los esclavos.

Sacad de aquí á ese hombre que está ciego.

Los esclavos se preparan á lanzar del salon á Theoclimenes.

THEOCLIMENES.

Marchándose.

No necesito ayuda, iré yo mismo;
ojos y pies para marcharme tengo.
Parto, parto de aquí! Ya vuestra suerte
fatal, ¡oh Jefes! decretada veo.
Horroroso peligro os amenaza!
os cubre de la muerte el crespon negro!
¡Temblad, usurpadores!

Momento de silencio.—Váse.—Antes de salir sus ojos se encuentran con los de Ulises.—Se detiene un momento, hace un gesto de terror y desaparece.

ANTINÓO.

Está loco!

AMPHINOMIO.

Se aproxima Penélope.—Silencio.

ESCENA III.

Los mismos.—PENÉLOPE, *con el arco de Ulises y seguida de esclavas que llevan la aljaba y los anillos.*

ANTINÓO.

Trae un arco en la diestra, y las esclavas
el carcax y las flechas.

AMPHINOMIO.

¡Escuchemos!

PENÉLOPE.

Vosotros que instalados en palacio,
vais los bienes de Ulises destruyendo,
persiguiendo á su viuda, pretendientes,
hoy una prueba á proponeros vengo.
A elegir un esposo decidida
estoy, así á Telémaco liberto
de vuestra usurpacion, mas de vosotros,
¿quién mas digno será? Juzgarlo quiero.
La liza os abro; disputadme, ¡oh Jefes!
El que el arco de Ulises con su esfuerzo
sepa tender y lance una saeta
por doce anillos sin tocar en ellos,
ese será mi esposo, por seguirle
dejaré estos lugares alhagueños
que nunca olvidaré. ¡Santos lugares!
!de mi primer amor, testigos fueron!

Mira á Ulises que la anima con una seña.

Para tender el arco de mi Ulises,
para poder un tiro tan certero
conseguir; es preciso, pretendientes,
ser como Ulises, esforzado y diestro.
No he de escoger esposo que no tenga

su vigor y destreza, ya os lo advierto.

AMPHINOMIO.

Pruebas nos proponeis? Las aceptamos;
como la empresa és, tal es el premio,

Los pretendientes se levantan y consultan entre sí.

TELÉMACO.

Dirigiéndose á Penélope.

Permaneced en el palacio, madre:
nadie de aquí os despide, cual un tiempo
reinásteis, reinareis; mas sin embargo,
si elegir otro esposo es vuestro intento,
por la sana razon siempre os guiasteis,
cúmplase madre, pues, vuestro deseo.
Vuestro vigor mostrad, ¡oh pretendientes!
débeos la recompensa dar aliento,
que ni en Pilos, ni en Argos, ni en la Grecia
toda, hallareis esposa de mas precio.

PENÉLOPE.

A Eumeo señalando á los pretendientes.

El arco toma y dásele á los Jefes;
los anillos despues, coloca, Eumeo.

EUMEO.

Tomando el arco y considerándolo con emocion.

¡Ah! Bien le reconozco! Este es el arco
de nuestro Rey!

Enseña el arco á los pastores.

CORO DE PASTORES.

Con este arco en la diestra partía
mi noble señor,
cuando apenas el alba vertía
su incierto fulgor.

—

Por los valles, los montes y cerros,
con las flechas, el arco y los perros

perseguía al feroz jabalí.
Que en el tronco del roble gigante
aguzaba el colmillo cortante
erizando su áspera crin.

—

Hoy este arco, es indigno trofeo
de ilícita union,
¡oh! que sea de tal himenéo
oprobio y baldon!

ANTINÓO.

Levantándose de la mesa y viniendo al proscenio con todos los pretendientes.

Terminen los lamentos
pastores, basta ya! Dadme ese arco,
colocad los anillos.—Bien.

Toma el arco: Eumeo y los pastores van á colocar los anillos en el patio
A los pretendientes.

Probemos
nuestras fuerzas amigos, uno á uno;
venid aquí.—Tú, Eurímaco, el primero;
he conocido á Ulises en mi infancia
y hombre era de destreza y raro esfuerzo.

EURIMACO.

Tomando el arco.

¡Apolo Febo! Tu favor invoco!
¡Ven en mi ayuda! ¡Dios de los arqueros!

Procura tender el arco.

CORO DE PASTORES.

Ya su esfuerzo inflamando sus venas
de los brazos los nervios tendió.
¡Ya se rinde.. ! ¡Sostiénese apenas!
Ya su rostro colora el rubor.
¡No!
¡No vencio!
¡No!
El indómito arco triunfó.

EURIMACO.

No puedo mas! Renuncio! Es imposible!

Me abruma la vergüenza y el despecho,
Mas probad, y vereis.

ANTINÓO.

No te engendraron
para estos egercicios tus abuelos.
¿De manejar un arco, tu qué entiendes?
Mírame bien!

Procura tender el arco y no consiguiéndolo le tira al suelo con despecho.

¡Maldito arco! ¡Es hierro!

Se forma un grupo en el cual intentan tender el arco.

AMPHINOMIO

Saliendo del grupo.

La fé que su hermosura en mi alma infunde
el triunfo me dará.—Dadme.

Intenta en vano tender el arco.

¡No puedo!

ANTINÓO.

¡Qué brazo era el de Ulises!

CTESSIPPO.

Sentándose á la mesa con la mayor parte de los pretendientes.

¡Bah! Bebamos.

ANTINÓO.

Mugeres hay en el greciano suelo,
y si hoy perdemos una, otra mañana
podremos encontrar, mas lo que siento
es que dirán que Ulises fué mas fuerte
que nosotros.

EURIMACO.

Mas fuerte! No lo creo.
Hoy de Apolo es la fiesta; él nos impide
tender el arco amigos, estos juegos
para nosotros hoy están vedados,

no es por falta de brío, no, estoy cierto;
mañana sacrificios ofrezcámosle
y de Ulises el arco tenderemos.

ULISES.

Acercándose.

Teneis razon.—El triunfo solo alcanza
quien el apoyo tiene de los cielos,
nadie sin ellos vence —Sin embargo,
prestadme ese arco ¡oh Jefes! yo os lo ruego.
Veremos si mis manos aguerridas
áun están, si mis brios aun conservo
ó si mi vida errante ha consumido
la agilidad y fuerza de mis nervios.

EURIMACO.

No le toques ó mando que una nave
á Epiro te conduzca!

TELÉMACO

¿Quién derecho
tiene sobre ese arco? Ese arco es mio
y tocarle podrá si lo consiento.
—Madre, salid de aquí, con las esclavas
id, continuad en los trabajos vuestros,
lino y agujas dadlas, madre mia,
la sala del festin no es vuestro puesto.

PENÉLOPE.

Un Dios sin duda inspira tu lenguaje
superior á tus años.—Te obedezco
y me retiro.

A las esclavas.

Esclavas!

Váse con todas las esclavas.

ESCENA VI.

Los mismos, menos PENÉLOPE *y las esclavas.*

TELÉMACO.

A Eumeo.

Dale el arco
al mendigo, pastor.

Eumeo toma el arco y se le dá á Ulises: este le examina.—Todos los pretendientes se sientan á la mesa.

ANTINÓO.

¡Qué lindo arquero!

EURIMACO.

¡Cómo revuelve el arco y le examina!

CTESSIPPO.

No le tiende!

ANTINÓO.

Levantándose.

¡Confúndanle los cielos!
¡Le tendió!

Los pretendientes se levantan.

LOS PRETENDIENTES.

¡Le tendió!

CORO.

¡Milagro amigos!

CORIFEO 1.°

No habeis oido retumbar el trueno?

CORIFEO 2.°

Se estremeció la cuerda en son doliente!

CORIFEO 1.°

Pareció que exhalaba hondo lamento!

CORIFEO 2.°

Misteriosos sucesos se preparan!

Ulises toma una flecha del carçax, la pone en el arco y tira.—Todos se agrupan para mirar.

ANTINÓO.

¡Oh vergüenza! ¡Triunfó! ¡Maldito viejo!

Momento de asombro.—Antinóo vá al patio á ver si la flecha ha pasado por los anillos.

CORO DE PASTORES.

El mendigo alcanzó la victoria,
proclamad su destreza y vigor,
himnos mil entonemos de gloria
al que el arco rebelde tendió.
¡Victoria!
¡Victoria
al mendigo vencedor!

ULISES.

A Telémaco.

No direis que os deshonra vuestro huesped,
aun tienen brios mis ancianos miembros,
sin esforzarme mucho tendi el arco
y la flecha veloz, pasó por medio
de los anillos sin tocar ninguno!
¡Pretendientes! ¿Qué tal? ¡Os gané el premio!
—Ahora de otro egercicio he de ocuparme,

Con ironía.

vereis que en él tambien estoy muy diestro.

Hace seña á Telémaco que se arma con la espada, la lanza y el escudo que estan colgados en una pilastra, luego tiende el arco y en el momento en que Antinóo vuelve del patio á la sala le atraviesa de un flechazo.—Antinóo cae en la escena.—Tumulto.

EURIMACO.

¡Miserable! ¿Qué has hecho? Apoderaos

de ese hombre al punto. Sugetadle!

Telémaco amenaza con la lanza á los que quieren acercarse á Ulises.

ULISES.

Arroja el traje de mendigo y aparece con un vestido magnífico.—Dorrama las flechas á sus pies.

¡Ah perros!
¡No me esperabais, no, robais mis bienes!
¿Muerto me imaginais? ¡Viven los cielos!
El dia llega yá de la justicia,
Ulises vibra el vengador acero.

Movimiento de alegría entre los pastores que blanden los cayados.—Terror de los pretendientes.

¡Yo soy! ¡Temblad! ¡La muerte os amenaza!

EURIMACO.

Si Ulises sois, Ulises, deteneos.
Con razon os quejais, nuestros desmanes
con profundo dolor reconocemos.

Señalando el cuerpo de Antinóo.

Pero el autor del mal, sufrió el castigo,
ya le teneis á vuestras plantas muerto,
el guió nuestros pasos, el tan solo
nos hizo cometer tantos excesos.
Vos, con sola esa victima calmaos,
y si robamos los tesoros vuestros,
por lo que os falte, os ofrecemos oro,
y alhajas, y ganados de gran precio.

Los pretendientes en actitud de suplicantes, tienden las manos á Ulises.

ULISES.

No espereis compasion, aunque me dierais
los tesoros que encierran vuestros reinos,
los de vuestros parientes, los de todos,
calmarme no penseis. yo no los quiero!

A Eumeo.

Cierra la puerta Eumeo, nadie salga,

libres no obstante á los esclavos dejo.

Los esclavos se precipitan hacia la puerta y huyen.—Eumeo y los pastores guardan la puerta armados con sus cayados.—A los pretendientes.

No procureis huir, estais perdidos,
bajo mi flecha vengadora os tengo!

EURÍMACO.

A los pretendientes.

A las armas corred!

AMPHINOMIO.

Mirando al rededor.

¿Y las rodelas?

AMPHIMEDONTE.

Con esta mesa, nuestro escudo haremos.

Los pretendientes vuelcan la mesa y se ponen detras resguardándose en ella como con un escudo.

EURÍMACO.

¡Saquemos los puñales! ¡Sús! ¡Amigos!

Se precipita sobre Ulises puñal en mano.

ULISES.

Atravesándole de un flechazo.

Vé á buscar á Antinóo á los infiernos!

Batalla general.—Telémaco mata á Amphinomio en el momento en que éste se arroja sobre Ulises.—Cae el telon.

FIN DEL ACTO TERCERO.

EPÍLOGO.

Un patio del palacio de Ulises.—La estátua de Minerva, al pie de un olivo en medio del patío.—Por una puerta que dá á la sala de los festines, se ven los cadáveres de los pretendientes hacinados unos sobre otros.—Al frente de la estátua de Minerva, Ulises está sentado en un trono, bajo su primer aspecto, vestido con un traje magnífico y con un cetro en la mano.—Telémaco está de pie á su lado apoyado en su espada.—Al otro lado Eumeo.

ESCENA I.

ULISES.—TELÉMACO.—EUMEO *y los pastores.*—EURICLEA, *esclavas fieles á la derecha de Ulises, esclavas infieles á la izquierda.*

CORO DE PASTORES.

Como árboles arrancados
por el ímpetu del viento,
mordiendo el polvo sangriento

los pretendientes están.
¿Qué fué de los vinos suaves,
de los cánticos y danzas?
¿Qué fué de sus esperanzas?
¡Muertas por el viento van!

—

¿Dónde está la esclava ardiente
que con halago hechicero,
prendía al tiempo ligero
en los lazos del amor?
¿Qué queda de tanto fausto,
de tal soberbia?—¡Una tumba!
¡Así caiga, así sucumba
la fortuna del traidor!

ULISES.

Esos hombres que veis mordiendo el polvo,
fueron de las virtudes enemigos,
de la justicia y el pudor, por eso
los Dioses consintieron su castigo.
Respetemos no obstante sus cenizas,
treguas, pastores, dad al regocijo
y al fuego sus despojos entreguemos,
olvidando sus crímenes indignos.

EURICLEA.

A Ulises.

Teneis á vuestra diestra á las esclavas
que á la voz del deber fieles han sido
y á la siniestra mano las infieles.

ULISES.

A las infieles.

Que espien su maldad en el suplicio!

Algunos pastores se llevan á las esclavas infieles.—A Euriclea.

Ahora llama á Penélope, nodriza.

Váse Euriclea.—A las esclavas.

Purificad, esclavas esos sitios
con el azufre y fuego, el pavimento
lavad, por que aun está de sangre tinto.

Vánse las esclavas.

A los pastores.

Castigué á los traidores, generoso
premiaré de los fieles los servicios,
nunca sin recompensa el bueno queda,
nunca queda el malvado sin castigo.

A Eumeo.

Ayer hice una apuesta en tu cabaña.
¿No te acuerdas, Eumeo? La has perdido,
me debes una túnica, la debes
y no te la perdono!

EUMEO.

¡Oh amo mio!

ULISES.

Dándole la mano.

Tu corazon, Eumeo, es generoso,
nunca tu amparo olvidará el mendigo!

ESCENA IX.

Los mismos.—EURICLEA.—PENÉLOPE.

EURÍCLEA.

A Penélope.

Hija mia! Aquel es! Mirad á Ulises.

TELÉMACO.

Madre, venid! venid!

Penélope mira á Ulises y calla.

Pero qué miro?
¿Callais y apenas la insegura planta
á mover acertais? ¿Con aire tímido
y con dudosa faz le estais mirando?
¡Quién hubiera ¡oh Penélope! creido
que á Ulises de ese modo recibiérais!

¡Debeis tener el corazon de risco!

PENÉLOPE.

De tal modo me siento conmovida,
que me faltan las fuerzas, hijo mio,
apenas ¡ay! me atrevo á contemplarle,
por eso incierta y trémula vacilo.

CORIFEO.

¡Oh Reina! ¡Ulises és! Llegad al trono.

EURÍCLEA.

¡Hija mia! ¡Era él! ¡Era el mendigo!

PENÉLOPE.

¿Cómo era entonces miserable y viejo
y hoy jóven y á los Dioses parecido?

TELÉMACO.

Transformóle Minerva la presencia.

CORIFEO.

De Minerva el poder es infinito.

PENÉLOPE.

Si es Ulises, disipe mis sospechas
diciéndome un secreto conocido
tan solo de los dos.

ULISES.

Sonriéndose.

Triunfará el tiempo
del corazon indómito y altivo.

A Euríclea.

¡Estoy cansado! ¡Preparad el lecho!

PENÉLOPE.

Mirando fijamente á Ulises.

¡Esclavas! Trasportad á otro recinto

el tálamo nupcial!

ULISES.

¿Porqué? ¿Qué causa...?

PENÉLOPE.

Nadie entra dónde ha entrado mi marido!

ULISES.

Bajando del trono.

Vuestras palabras me entristecen, Reina!
¿Quién el lecho movió? ¿Porqué prodigio?
Difícil cosa es, sino imposible.
Oidme y lo sabreis.—Un gran olivo,
sombra daba á mí casa con sus ramas,
yo con una hacha le corté, yo mismo
á tres pies de la tierra: quedó el tronco
en sus hondas raices sostenido,
de él hice un pie del lecho, y nuestra alcoba
construi al rededor; no, de aquel sitio
no se puede mover sin destruirle
ó arrancar la raiz.

PENÉLOPE.

Corriendo á Ulises y abrazándole.

¡Ulises mio,
tú eres, sí tu eres! Nuestro lecho
es solo de mi Ulises conocido.
Vuelves al fin Ulises de mi vida!
¡Qué desgracíado fué nuestro destino!
De nuestra tíerna juventud los años
pasaron entre llantos y peligros
y siempre separados! Mas quê importa
si llega la vejez y nos unimos!
Al fin te veo Ulises! Caro esposo!
Tu esposa soy! Aquí tienes tu hijo!

ULISES.

Teniéndola abrazada.

Me la volveis tan fiel, tan casta y pura!

¡Oh Dioses inmortales, yo os bendigo!

PENÉLOPE.

No me guardes rencor porque á tu aspecto
desconfiada y trémula me has visto,
temía que otro con doblez me hablára
y víctima caer de un artificio.

ULISES.

Yo guardarte rencor! Si no podía
contener en mi pecho el regocijo.
Yo callaba ¡oh Penélope! admirando
tu prudencia y virtud! Pesares mios,
largos trabajos, espantosas luchas,
qué importan! A tu lado las olvido.
Venid, venid los dos, dadme los brazos!
Los dos! los dos! Penélope! Hijo mio!

Abrazándolos.

CORIFEO 1.°

Regocijado estoy con su ventura.

CORIFEO 2.°

¡Dioses! ¿Qué resplandor baña estos sitios?

ESCENA III.

Los mismos.—MINERVA, *de diosa, sobre una nube.—Vuelven á entrar los pastores y las esclavas, y todos se arrodillan.*

MINERVA.

Yo, tu esposa y tu pátria te he devuelto
por mandato de Júpiter divino.
Vive en paz! Tu vejez será tranquila
y verás de Telémaco los hijos.

Desaparece.

ULISES.

¡Oh Minerva, de Ulises protectora!
A tu sacro favor reconocido,
en el ara humeante cada dia
te ofreceré cruento sacrificio.

Levantándose.

Voy á ver á mi padre venerado
y el hijo á darle que lloró perdido.

Se detiene.

Pero escuchad, la historia de mi vida
nos dá un egemplo, procurad seguirlo.
La prudencia y la astucia triunfan siempre,
la apariencia es falaz, así habeis visto
que la grandeza y la virtud se hallaban
bajo el humilde manto del mendigo.

CORO GENERAL.

De Ulises ensalcemos
la gloria y el honor
y en prez suya entonemos
el himno vencedor!

CORIFEO 1.°

La flecha acerada
en sangre bañada,
del vil pretendiente
el pecho partió.

CORIFEO 2.°

Corona de gloria,
laurel de victoria,
la bélica frente
de Ulises ciñó.

CORO GENERAL.

De Ulises ensalcemos
la gloria y el honor,
y en prez suya entonemos
el himno vencedor.

FIN DE LA TRAGEDIA.

3 0112 098518076

ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
5	23	tienen. . . .	tiñen
7	3	blanda . . .	blonda
21	19	astros. . . .	astros:
39	17	tlene	tiene
39	24	Uiises. . . .	Ulises
46	8	han dejaros .	han de dejaros
61	14	Creteuse . .	Cretense
79	17	IX	II